

# ANALISIS ETICO POLITICO DE ESQUIPULAS II

Ignacio Ellacuría

## RESUMEN

*A la corta distancia de dos meses es difícil ponderar todavía la importancia y trascendencia de Esquipulas II. En la actual coyuntura no se puede dudar de que se ha convertido en el acontecimiento principal de la política regional en la búsqueda de una paz firme y duradera. El estudio analítico de este acontecimiento puede servir para valorarlo adecuadamente y para favorecerlo en aquello que sea de mayor provecho para los pueblos centroamericanos.*

### 1. La razón de ser de Esquipulas II

Esquipulas II surge como una necesidad objetiva de los pueblos centroamericanos, pero que sólo se actualiza por una serie de coyunturas, cuya conjunción ha sido favorable para superar, siquiera momentáneamente, intereses contrarios.

Desde luego, Esquipulas II ha de verse desde la perspectiva de Contadora, pues fue posibilitado por la acumulación política originada por Contadora y recoge muchos de sus planteamientos. Más aún, el propio fracaso relativo de Contadora es lo que permitió el lanzamiento de Esquipulas II. Contadora sigue teniendo el mérito fundamental de haber impulsado la paz en Centroamérica desde una perspectiva latinoamericana y de haber alcanzado el apoyo moral de casi toda la comunidad internacional. Pero Contadora fue obstaculizada a la hora de alcanzar el éxito final por Estados Unidos, por el gobierno de Reagan, el cual obligó a Honduras, El Salvador y Costa Rica a proponer incesantes tropiezos al proceso de paz e incluso a que estos países propusieran un plan alternativo, presentado en términos no de sustitución, sino de superación. Esto se realizó de una manera torpe hasta que surgió el Plan Arias, el cual iba a convertirse en una trampa para los propósitos norteamericanos. Un plan

hecho por los centroamericanos para responder a las necesidades de Centroamérica no podía ser favorable para Estados Unidos, cuyos intereses son distintos y con frecuencia contrarios a los de Centroamérica. Una solución que ponga en primer plano la paz regional y no la seguridad de Estados Unidos ha de ser una solución buena para Centroamérica y no deseable para Estados Unidos, el cual busca no la paz, sino su propia seguridad, fundada en el terror de las armas más que en la resolución de las causas originantes de la guerra y de las amenazas a su propia seguridad.

El Plan Arias, recogido en Esquipulas II como su columna vertebral y como su impulso fundamental, surge ante todo como una necesidad costarricense y desde una perspectiva costarricense, pero tiene la virtud de conciliar esa necesidad y esa perspectiva con las necesidades del resto de Centroamérica, especialmente con las de Nicaragua. Por un lado, se necesitaba un plan alternativo al de Contadora, que no apareciera descaradamente como una imposición del proyecto norteamericano, y ese plan había de ser centroamericano para poder emular el carácter latinoamericano de Contadora. Ahora bien, sólo Costa Rica, una vez limitado el alcance de las propuestas de Guatemala, tenía suficiente credibilidad para proponerlo. Pero Costa Rica tiene sus

propias necesidades, lo cual ya lo había percibido el presidente Arias, antes de acceder a la presidencia. En efecto, la guerra de Nicaragua, fundamentada en la ayuda a los contras, es para Costa Rica un peligro mortal, tanto por la posible regionalización del conflicto como por la masa de emigrados nicaragüenses que obliga a aceptar en su territorio.

Estos dos puntos son esenciales. Una extensión y profundización de la guerra en Nicaragua mediante el fortalecimiento militar de los contras y, sobre todo, una regionalización del conflicto mediante una hipotética invasión militar yanqui y/o de los ejércitos centroamericanos, tendría como consecuencia inevitable la invasión militar de Costa Rica por el ejército sandinista. Incluso, si esta posibilidad extrema no se diera, la profundización de la guerra llevaría a un endurecimiento mayor de los sandinistas y, consecuentemente, a una multiplicación de los emigrados nicaragüenses. Se dan también razones económicas por cuanto la situación de Costa Rica exige un fortalecimiento del intercambio regional para ampliar sus mercados. Se busca también un protagonismo político que robustezca la posición de Costa Rica en el área y la posición del presidente Arias dentro de Costa Rica, castigada por los efectos de una deuda externa muy pesada para su economía y para las mayorías populares. Ciertamente, la democratización de Nicaragua es un beneficio para Costa Rica, pero lo es a más larga distancia. Lo más importante es que haya paz en Nicaragua, que desaparezca el peligro de los contras y aun que Nicaragua pueda volver a ser un buen mercado para los productos costarricenses.

Nicaragua había puesto sus esperanzas en Contadora, no obstante las exigencias que Contadora le suponía. Y lo había hecho porque la firma del acta hubiera supuesto, por un lado, el reconocimiento definitivo de su constitución y de su gobierno y, por otro, el cese de la ayuda militar a los contras y, en general, el acceso del gobierno de Reagan al pueblo y al régimen sandinista. Su desesperada situación económica y el desgaste social que supone la prolongación y el endurecimiento de la guerra son factores determinantes, los cuales ponen a las claras las dificultades de los maximalismos revolucionarios y que confirman los límites que la geopolítica impone a los idealismos. La responsabilidad de gobernar con todo lo que el gobernar implica, especialmente en un régimen donde la actividad del Estado limita la actividad de la sociedad, obliga a enfrentarse con la realidad y a aceptar la limitación de los dogmatismos y de los manuales. No se ve la posibilidad de un triunfo militar frente a los contras, al menos mientras el gobierno de Reagan esté dispuesto a verter millones de dólares. La prolongación del conflicto con sus consecuencias de reclutamiento forzoso, medidas restrictivas de la libertad, aumento de la vigilancia y del control y desviación

de los recursos económicos necesarios para el desarrollo de la militarización y armamentización del país van resultando fatales si no para la continuidad de los sandinistas, sí para una evolución cualitativa de su proyecto nacional en favor de las mayorías populares. A eso ha de añadirse lo que por omisión y comisión supone el embargo económico. Finalmente, se da una creciente presión internacional para que Nicaragua democratice más su proceso. No sólo Estados Unidos, incluso entre los congresistas liberales, sino la Comunidad Económica Europea y algunos de los países latinoamericanos y la Internacional Socialista presionan a Nicaragua hacia cambios democráticos. Esto no supone problema mayor para los sandinistas. Ellos piensan que sin el problema de la guerra pueden disputar con ventaja el espacio político a cualquier otro aspirante al poder. Y no olvidan tampoco que la nueva política de Gorbachev en la Unión Soviética apunta a buscar soluciones pactadas, con acento en lo económico sobre lo político y militar: los pueblos no aguantan a la larga el descuido en la atención de los problemas económicos, base material de cualquier posible desarrollo humano y político.

Guatemala no se ve tan precisada para llegar a acuerdos regionales en razón de necesidades interiores perentorias. El gobierno de Vinicio Cerezo necesita consolidación y legitimación regional, pero no es la guerrilla guatemalteca la que le presenta los mayores problemas, al estar fundamentalmente controlada. Había adelantado la propuesta del parlamento centroamericano, la cual incluye el reconocimiento y la asimilación de Nicaragua al ámbito político de las soluciones. Tal propuesta, junto con su política de neutralidad activa, le daban un prestigio centroamericano e incluso favorecían el acrecentamiento de las relaciones económicas. Todo ello ha consolidado la posición del gobierno guatemalteco presionado sobre todo por problemas económicos y, consecuentemente, sociales. Un acuerdo regional, que incluya la neutralidad activa y el parlamento centroamericano, supone el reconocimiento de una nueva posición de Guatemala, menos pronorteamericana que la de El Salvador y Honduras y, consecuentemente, menos antinicaragüense.

El Salvador tiene también sus propios problemas. Por un lado, le es imperiosa la necesidad de la paz, pero, por otro, le resulta imperioso a un gobierno pro-norteamericano procurar el debilitamiento y la desarmamentización del FMLN. Un proceso de pacificación que implique el reconocimiento pleno del gobierno y del régimen actuales, que desligite al FMLN-FDR y que dificulte la ayuda sandinista a los insurgentes salvadoreños sin que ello implique la reducción de la ayuda militar norteamericana a la Fuerza Armada de El Salvador, puede ser muy favorable. Por otra parte, el gobierno de Duarte se había colocado en mala posición al haber

exigido el retraso de la reunión de presidentes. Asimismo el presidente Duarte estaba en una de sus horas políticas más bajas y necesitaba un gesto significativo, que le volviera a dar capacidad de iniciativa y encubriera los problemas de toda índole, que lo abrumaran. Esa iniciativa que había de conjugar la paz dentro de las fronteras salvadoreñas con la paz regional contaba con la grave dificultad de causar disonancias y disfunciones con la política norteamericana en el área y, especialmente, respecto a Nicaragua. La ayuda estadounidense a El Salvador, que Duarte no puede poner en peligro sin ponerse a sí mismo en peligro, está en función tanto del FMLN como del problema sandinista. El FMLN es también un problema para Estados Unidos, como lo es, aunque en medida menor, el de los sandinistas. Son dos problemas conexos, pero diferentes, aunque no separables. Si la lucha de Duarte contra el FMLN no va en conexión con la lucha de Estados Unidos contra los sandinistas, cabe la posibilidad de que Estados Unidos busque en El Salvador una alternativa distinta que la de Duarte para combatir a la par lo que entiende ser el peligro comunista en la región. Esta dualidad de los intereses nacionales y los intereses norteamericanos situaba a Duarte en dificultades. Ello explica el postergamiento, pero a la vez explica el que Duarte algo debiera hacer de nuevo, algo que no fuera la mera repetición de los fracasos anteriores. Sin

olvidar que Duarte había sido uno de los opositores a Contadora y que, por tanto, se veía obligado a permitir una alternativa a Contadora, en la cual se recogiera lo mejor de la solución latinoamericana sin entrar, por ello, en conflicto con la tutela norteamericana.

Lo de Honduras es otro cantar. Honduras está hipotecada y depende, más que cualquier otro país centroamericano de Estados Unidos, no tanto por lo que recibe, sino por lo que se le exige hacer. Honduras se pone en peligro a sí misma con la ayuda que presta a los contras, incrustados en su propio territorio nacional y se ve forzada a violar el derecho internacional y a prostituir su propia soberanía nacional. A la corta, el cese de la ayuda a los contras no favorece a los actuales dirigentes del país y, a la larga, no quiere verse envuelta en conflictos internos. Honduras no ha despertado todavía y piensa que su sueño y su olvido de la propia realidad pueden durar indefinidamente o van a dar paso a un suave despertar en el cual los sueños se conviertan en realidad. Así, puede ser totalmente obsecuente con la política norteamericana, sobre todo si sigue recibiendo ayuda económica y si les sigue permitiendo a los militares ser un fuerte poder autónomo dentro del Estado. Desde esta posición, Honduras no está en condiciones de impulsar una solución centroamericanista, antes al contrario, apuesta por



## **El Plan Arias está en consonancia con las necesidades objetivas populares, reflejadas de muy distintas formas, en la conciencia de los distintos grupos sociales e instituciones.**

una solución norteamericanista. El Plan Arias no le sirve por que la sitúa en la difícil tarea de impedir que los contras hagan del territorio hondureño su retaguardia natural y permanente.

Junto a todo este conjunto de necesidades gubernamentales y/o estatales se levantan cada vez más exigentes las necesidades de los pueblos, específicamente de las mayorías populares sobre quienes pesa más tanto la ruina de la guerra como el empobrecimiento incesante de la región, no obstante las ayudas económicas que se reciben, más orientadas al triunfo militar que a la solución de los problemas sociales. Ninguno de los países del área está en condiciones de satisfacer adecuadamente las necesidades básicas de la mayor parte de su población y apenas está en condición de establecer políticas nacionales —mucho menos regionales— prometedoras de un mejoramiento incesante y consolidado. La gravedad de la situación presente y la cerrazón del horizonte de expectativas y perspectivas fuerzan a encontrar soluciones, que empiecen a remover los impedimentos del desarrollo, en especial el impedimento de la guerra y que empiecen a establecer medidas favorecedoras del desarrollo, especialmente las referentes a una colaboración interregional, posibilitante de una gran ayuda proveniente del exterior. Esta presión popular se deja sentir de forma distinta en cada uno de los países, pero es una realidad de mucho peso. Tal presión popular, a diferencia de la presión empresarial que va a veces más por la línea de la guerra, va en la dirección de las soluciones pacíficas, políticas y negociadas, tanto respecto del conflicto en sí mismo como de sus causas. El Plan Arias, por su planteamiento claramente pacificador y por su estilo y talante negociador, está en consonancia con estas necesidades populares objetivas, reflejadas de muy distintas formas, en la conciencia de distintos grupos sociales y de diferentes instituciones. Esto hace más difícil el que pueda ser rechazado, máxime si no se cuenta con otra alternativa aceptable.

Todos estos elementos favorables se vieron coyunturalmente reforzados por la situación en que se encontraba Estados Unidos en su período vacacional tras el debilitamiento profundo de su política centroamericana, por las contradicciones intrínsecas que implica, por el escándalo del Irán-contras, y tras haber pasado al primer plano la cuestión del desarme con la Unión Soviética y la crisis del Golfo Pérsico. Debilitada la presión norteamericana sobre el área centroamericana, las necesidades objetivas de ésta se han sobrepuesto sobre la política arbitraria

impuesta, que las acallaba. Ha bastado con que la coyuntura permitiera hacer salir a la superficie la presión de las necesidades objetivas para que éstas forzaran un nuevo principio de solución. Debilitada ocasionalmente la presión norteamericana, los presidentes del área han sentido con todo su vigor la presión de sus propios países. Esas dos fuerzas contrarias están siempre presentes en el escenario político de la región, pero normalmente es la exterior la que más se hace sentir, no ante los pueblos, pero sí ante los gobernantes. El gobierno de Reagan seguía pensando que el Plan Arias podría ser toreado con mucha mayor facilidad que el plan Contadora por la mayor debilidad del proponente y por la segura colaboración de sus más próximos aliados-súbditos. El retraso exigido por Duarte le sirvió de respiro para atender a otros asuntos más importantes. Pero ese respiro resultó fatal para los intereses norteamericanos. El Departamento de Estado dio poca importancia a la reunión de Tegucigalpa, en la cual los cancilleres prepararon la reunión de Guatemala (31 de julio y 1 de agosto), cuatro días antes de la de los presidentes. Cuando quiso reaccionar con la propuesta Reagan-Wright, la suerte estaba casi echada. No obstante las fortísimas presiones norteamericanas sobre los gobiernos más obsecuentes, sólo Honduras parecía estar en disposición de aceptarlas. Nicaragua ya había jugado hábilmente en Tegucigalpa abandonando su preferencia, Contadora, para plegarse a Arias. El Salvador estaba amenazado con quedar arrinconado al lado de Honduras frente a Costa Rica, Guatemala y Nicaragua, lo cual era mal y menor compañía. Lo único que le restaba a El Salvador era intentar corregir aquellos puntos del Plan Arias que le ponían en mayores dificultades. A través de esa corrección trataría de velar, a la vez, por sus intereses internos (debilitamiento del FMLN, conservación de la ayuda norteamericana, recuperación del prestigio político) y también por los intereses norteamericanos, en la medida de lo posible (democratización de Nicaragua y condicionamiento del cese de la ayuda a los contras).

En Guatemala surgió, un tanto inesperadamente para los propios protagonistas, un texto con una formulación superior a lo esperado. Costa Rica veía fundamentalmente recogido el Plan Arias, el cual a su vez recogía mucho del espíritu de Contadora; Guatemala veía recogida su aspiración y su propuesta del parlamento centroamericano; Nicaragua veía robustecida su legitimidad como gobierno y como ordenación constitucional; El Salvador se

## **Debilitada la presión norteamericana sobre Centroamérica, las necesidades objetivas de ésta se han sobrepuesto a la política arbitraria impuesta que las silenciaba.**

aseguraba su legitimidad frente al FMLN-FDR, al cual se le desconectaba de Nicaragua y veía satisfechas sus condiciones de simultaneidad. Sólo Honduras quedaba desairada, con lo cual Estados Unidos se quedó sin valedor inmediato de sus intereses y de sus presiones. La coyuntura favoreció en este caso a los más débiles y, una vez más, quedó probado que la política norteamericana puede quebrarse, siempre que haya de desenvolverse en un escenario no prefabricado por ella. Antes o después, las necesidades objetivas y de la fuerza de la razón terminan por imponerse o, al menos, pasan a un primer plano. El Plan Arias y la reunión de los presidentes consiguió así más de lo que se podía esperar, pero no por la táctica del enfrentamiento, sino por la maniobra del regate. El leve gesto del regate, sustentado por la masiva presencia de las necesidades objetivas, se pudo aprovechar de la pérdida de equilibrio momentáneo en que se hallaba el adversario. Y así salió Esquipulas II.

### **2. Importancia de Esquipulas II para el proceso de pacificación de Centroamérica**

Por lo pronto, Esquipulas II reinició un proceso que estaba estancado tanto en el ámbito regional como en el de cada uno de los países en conflicto. Esto era ya un gran avance. Puede hablarse incluso de un avance previo: la reunión misma de todos los presidentes centroamericanos, el ambiente en el cual se desenvolvió la reunión y los resultados concretos obtenidos en el breve plazo de dos días, constituyen, en un conjunto, uno de los mayores logros de la política centroamericana y centroamericanista de los últimos años. Nunca anteriormente los presidentes habían hecho tanto en tan poco tiempo ni habían encontrado un procedimiento efectivo para pasar de la retórica a la realidad. Por muchas horas planeó sobre la reunión no el fracaso y la ruptura, pero sí el vacío de seguir prometiendo para mañana lo que no parecía hacedero hoy. Pero, finalmente, prosperó el acierto y se alcanzaron resultados concretos, capaces de relanzar los procesos de pacificación.

Contadora había sido obstaculizada y, a pesar de las bendiciones y recomendaciones recibidas de casi todos, no parecía capaz, por sí sola, de llevar adelante la tarea de la pacificación. Estados Unidos había logrado ir frenando su dinamismo y, lo que era peor, había roto su esquema intentando confrontar a los cuatro países restantes —eufemísticamente llamados democráticos— contra Nicara-

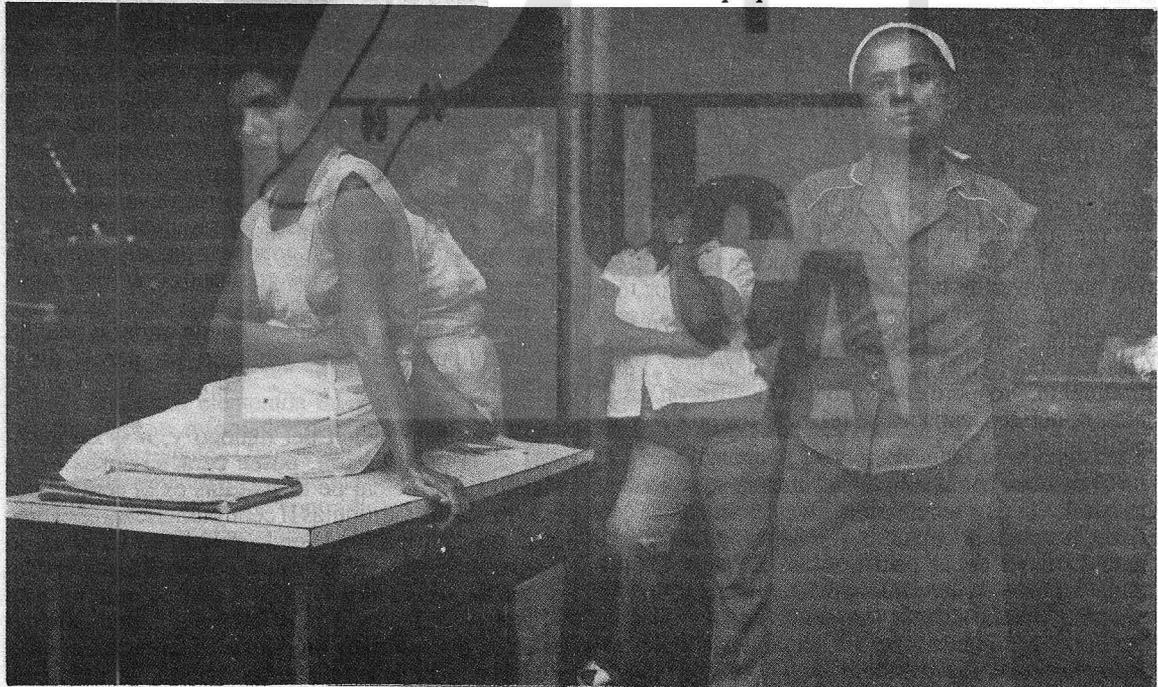
gua. Esquipulas II se presentó como continuación del impulso de Contadora, e incluso, incorporó a Contadora en la etapa más difícil de la desarmamentización, precisamente en el punto en el cual se había embarrancado. Esquipulas II es en sí misma, un reinicio efectivo de diálogo entre las cinco naciones centroamericanas, en el cual no sólo se habla, sino que, además, se acuerda y se acuerda con fecha fija de cumplimiento. Pero también abre o reabre ámbitos de diálogo en múltiples direcciones. Quizá el diálogo más importante sea el del gobierno de El Salvador con el FMLN-FDR, el cual parecía muerto desde finales de 1984. Aunque directa y expresamente no se habla de este diálogo, queda facilitado al exhortar a alcanzar un alto al fuego efectivo. En el caso de El Salvador este alto al fuego no puede lograrse de una manera sólida y duradera más que con un acuerdo de ambas partes en conflicto. En menor medida, esto ocurre en el caso de Guatemala, donde la situación no está tan crispada ni es tan totalizante, pero donde tampoco la URNG parece presentar exigencias tan firmes como las del FMLN-FDR. Hasta pudiera encontrarse una forma de diálogo de los sandinistas con los contras, aunque este extremo no es exigido, ni siquiera indirectamente, por Esquipulas II. No es necesario hablar con la contra para alcanzar un alto al fuego definitivo. Es obvio que para ello sólo hace falta hablar con quienes impulsan y sostienen a la contra, esto es, con el gobierno de Reagan. Esquipulas II al exigir que ningún país se introduzca en los asuntos internos de otro y menos militarmente y, menos aún, ayudando a grupos irregulares, le está pidiendo a Estados Unidos que resuelva este problema de los contras y que lo resuelva con quien puede hacerlo, esto es, con el régimen sandinista. Este triple nivel del diálogo, de las naciones centroamericanas entre sí, de los gobiernos con los grupos insurgentes dentro de cada país y de algunos gobiernos con Estados Unidos, queda muy favorecido en Esquipulas II y se sitúa en un nuevo dinamismo.

Esta dinamización del diálogo y, más en general, de la pacificación, posee características especiales. La principal de todas ellas es la centroamericanización. Esquipulas II centroamericaniza el proceso de pacificación. Por lo pronto es un acuerdo centroamericano hecho entre centroamericanos sin anuencia de Estados Unidos y aun en contra de su voluntad expresa y de sus intereses inmediatos; un acuerdo que contiene propuestas claramente contradictorias con las defendidas por el gobierno de

Reagan. Más aún, ante la alternativa ofrecida y aun exigida del plan Reagan-Wright, los presidentes centroamericanos se sintieron ofendidos públicamente y ni siquiera la tomaron en consideración. Más bien, esta propuesta alternativa sirvió de aguijón para encontrar una propia. La contradicción mayor está en el trato que se da a los contras y al régimen sandinista por parte de los presidentes centroamericanos y por parte del gobierno de Reagan: mientras para aquéllos el gobierno y la constitución sandinista son legítimos y los contras grupos irregulares o, a lo sumo, fuerzas insurgentes; para Reagan, los contras son los verdaderos luchadores de la libertad y los sandinistas la negación misma de toda democracia y legitimidad. Los presidentes centroamericanos entraron así en flagrante contradicción con Reagan, a quien desautorizaron por lo menos en el período de prueba, cuando cada uno de ellos debe dar cumplimiento a las exigencias democratizadoras y pacificadoras de Esquipulas II. En este punto, los gobiernos llamados democráticos se desdijeron de sus posiciones anteriores y tomaron una nueva, mucho más consonante con la realidad y, desde luego, más centroamericana. Hasta ahora los presidentes centroamericanos, excluido el de Nicaragua, se abstendían de condenar explícitamente a la intromisión ilegal e injusta de Estados Unidos y de Honduras en los asuntos internos de Nicaragua. Esquipulas II contiene esa condena a futuro, si es que Honduras no corrige su política permisiva en este punto y si Estados Unidos no hace otro tanto con la suya agresora.

El segundo aspecto de la centroamericanización del proceso pacificador estriba en tomar a Centroamérica como una unidad sin exclusión de Nicaragua. Los que ahora quedan por fuera son Estados Unidos y los movimientos irregulares en cuanto son producto de una intervención y/o ingerencia extranjera. Este reconocimiento explícito de Nicaragua implica la aceptación del pluralismo en la región. Se asume el pluralismo político dentro de la unidad centroamericana, siempre que Nicaragua acepte los mínimos impuestos por Esquipulas II en la línea de la democratización y que los otros países acepten también la no intervención en los asuntos internos de los países del área. Se acepta con ello que Nicaragua es miembro de pleno derecho en Centroamérica y que son respetables sus posiciones y sus compromisos internacionales; Nicaragua ya no es el enemigo desestabilizador al cual debe combatirse, sino un socio confiable, con quien se ha de colaborar. La institucionalización de la reunión de presidentes y del parlamento centroamericano, así como la firma conjunta de Esquipulas II, son la prueba inicial de que algo nuevo está ocurriendo. Y esta novedad se sitúa más cerca de las posiciones de Nicaragua que de las de hasta ahora sus declarados enemigos.

El tercer aspecto de la centroamericanización es que Esquipulas II propone los primeros pasos para sacar al conflicto centroamericano de la confrontación este-oeste. Enlaza con Contadora para buscar la disminución y desaparición de la presencia militar de las superpotencias en el área centroamericana



## Una vez más quedó probado que la política norteamericana puede quebrarse, siempre que haya de desenvolverse en un escenario no prefabricado por ella.

e inicia una desmilitarización democratizadora del área. Uno de los pretextos de la presencia e ingerencia norteamericana es el de impedir la extensión del expansionismo soviético-cubano. Se busca superar ese pretexto, pero se propone simultáneamente que desaparezca paulatinamente la presencia militar expansionista norteamericana. No se niega con ello que se dé un conflicto este-oeste ni que las consecuencias de este conflicto se dejen sentir en Centroamérica ni que pueda hacerse una política centroamericana sin tenerlo en cuenta. Lo que se niega es que el conflicto centroamericano se reduzca a ser un efecto del conflicto este-oeste y que, por tanto, deba ser tratado como tal y ser resuelto poniéndose a un lado o al otro de las partes conflictivas; lo que se niega es que deba prolongarse ese conflicto y enraizarse en los problemas regionales de Centroamérica. En vez de ello, Esquipulas II propone que el conflicto centroamericano se resuelva desde dentro, sin buscar su solución en potencias extranjeras, las cuales no buscan más que sus intereses propios.

Con razón, entonces, los presidentes centroamericanos sintieron que en la misma Guatemala de la primera independencia habían firmado el acta de una segunda independencia. Independencia sobre todo de Estados Unidos, porque Esquipulas II fue mal vista por el gobierno de Reagan, y bien vista por Cuba y la Unión Soviética. La firma del acta y el reconocimiento de la legitimidad sandinista representan una gran victoria frente a los dictados del Pentágono y de la Casa Blanca. Independencia, por otra parte, sólo relativa por cuando el presidente de Nicaragua acudió inmediatamente a La Habana y una misión salvadoreña a Washington para explicar cómo lo acordado y lo firmado no suponía una ruptura.

La importancia de Esquipulas II no está sólo en haber dinamizado el proceso de pacificación a través del diálogo y de la negociación, ni el haber centroamericanizado el problema y las vías de su solución, sino en haber dado pasos firmes y pautados en el proceso mismo de pacificación. Tres son los países más involucrados en el conflicto centroamericano. Nicaragua, agredida por Estados Unidos, está obligada a mantener una guerra de gran envergadura. El Salvador se ve afectado por un conflicto interno en el cual se hace presente de modo muy especial Estados Unidos con su ayuda militar. Honduras propiamente no tiene ni conflicto interno ni externo, pero es utilizada por Estados Unidos para agredir a Nicaragua. Frente a esta compleja situación, Esquipulas II propone que cese toda ayuda exterior en

cuanto ésta fomenta la conflictividad de la zona. Esa ayuda exterior no puede ir, en un primer momento, a los grupos irregulares e insurgentes, con lo cual se veta la ayuda de Estados Unidos y Honduras a los contras y las posibles ayudas de Nicaragua al FMLN y de El Salvador a los contras. Pero esa ayuda exterior debe disminuir y aun desaparecer en relación a los gobiernos, en un segundo momento, con lo cual se veta tanto la ayuda soviético-cubana a Nicaragua como la ayuda norteamericana a los demás países del área, especialmente en los casos de El Salvador y Honduras.

Además de esta suspensión de ayudas externas, fomentadoras de los conflictos internos, Esquipulas II apunta a soluciones internas. Unas son de largo alcance y de lenta realización, como el establecimiento de una verdadera democracia. Tal democracia no debe medirse exclusiva ni principalmente por los procesos electorales, ya que éstos se han dado en abundancia en la región sin alcanzar a resolver sus problemas, sino que debe medirse por la superación de las causas del conflicto, que, en lo interno, se sintetizan en la injusticia estructural y, en lo externo, en falta de un proyecto propio y en un disfrute pleno de la soberanía nacional. Con todo ello se reconoce que el principio fundamental del conflicto es interior a cada una de nuestras sociedades y estados y que sólo con su superación se estará en capacidad de resolverlo. Sobre este fondo de soluciones básicas se señalan también soluciones parciales, favorecedoras del proceso de pacificación. Dos de ellas son la amnistía y el cese de hostilidades, cuyos efectos han de verse en el plazo de 90 días. Las otras dos son el diálogo y la comisión nacional de reconciliación. De las cuatro, las piezas claves son el cese de hostilidades y el proceso de diálogo, aunque, en casos como el de Nicaragua, la comisión de reconciliación puede tener una eficacia mayor. El proceso de diálogo tiene características distintas en cada uno de los países, así como también el cese de hostilidades y la amnistía. Pero, si de un modo o de otro, se llega a una amnistía y a un cese de hostilidades, efectivos y consolidados, tal como los pone Esquipulas II, mucho se habrá avanzado en el proceso de pacificación.

Lo positivo de este proceso de pacificación está reforzado por una calendarización y por controles de vigilancia y de calidad. Noventa días es un plazo muy preciso y los puntos vigilables y vigilados son lo suficientemente precisos como para emitir un juicio sobre su cumplimiento e incumplimiento

## Quienes se han quedado fuera son Estados Unidos y los movimientos irregulares en cuanto producto de una intervención o ingerencia extranjera.

y sobre los responsables del éxito y del fracaso. Para el 5 de noviembre cuando se cumplen los 90 días —y no el 7 como se ha afirmado irresponsablemente— deben entrar a regir simultáneamente en forma pública "los compromisos relacionados con amnistía, cese del fuego, democratización, cese de la ayuda de las fuerzas irregulares o a los movimientos insurreccionales y no uso del territorio para agredir a otros Estados, como se define en el presente documento" (Esquipulas II). Treinta días más tarde, el 5 de diciembre, "la Comisión Internacional de Verificación y Seguimiento analizará el progreso en el cumplimiento de los acuerdos previstos en el presente documento" (*ib.*). Y todavía 30 días después, el 4 de enero, se han de reunir los cinco presidentes centroamericanos para recibir "un informe de la Comisión Internacional de Verificación y Seguimiento y tomarán las decisiones pertinentes" (*ib.*). La reunión de esa comisión internacional, formada por los secretarios generales de la OEA y de la ONU (o sus representantes), los cancilleres del Grupo de Contadora, del Grupo de Apoyo y los cancilleres de Centroamérica es, desde luego, una buena oportunidad para realizar imparcialmente lo que se ha llevado a cabo y lo que no. Sin olvidar que el Grupo de Contadora está llamado a ser mediador —esto sí, sin fecha— del proceso negociador sobre los puntos pendientes de acuerdo "en materia de seguridad, verificación y control en el proyecto de Acta de Contadora para la Paz y la Cooperación en Centroamérica" (Esquipulas 7). Estas negociaciones abarcarán también "medidas para el desarme de las fuerzas irregulares que están dispuestas a acogerse a los decretos de amnistía" (*ib.*).

Todo este conjunto de medidas, bastante bien articulado, más otra serie de disposiciones complementarias, por ejemplo, las referentes a refugiados y desplazados, que son de tanto interés para Honduras y Costa Rica, hacen de Esquipulas un sólo proyecto de pacificación, lo suficientemente realista como para poder alcanzar un buen nivel de cumplimiento y lo suficientemente idealista para poder satisfacer cuotas suficientes de lo que sería una solución más ideal. Los pueblos centroamericanos logran con ello un gran alivio de sus sufrimientos y una nueva condición para lanzarse hacia una paz con justicia y con democracia, alcanzan un grado importante de autodeterminación repeliendo por un tiempo la presión ingerencista, sobre todo de Estados Unidos, y se abren a una cooperación interregional, basada en el respeto mutuo, sin excluir el pluralismo de

los proyectos políticos. Tal vez todo esto sea demasiado ideal para que se pueda volver realidad en el breve plazo de 150 días, tras los cuales los presidentes tendrían que llegar a un Esquipulas III, el cual debería dar un nuevo impulso al proceso de pacificación.

### 3. Las debilidades y dificultades de Esquipulas II

Esquipulas II es en sí mismo un éxito, pues aun su fracaso relativo mostraría bastante claramente quién o quiénes son los verdaderos enemigos de la paz y de la democracia en Centroamérica. Esquipulas ha encontrado, asimismo, una amplia acogida favorable en los pueblos centroamericanos, en la comunidad internacional de naciones, y en las instituciones mundiales de toda índole. Los propios gobiernos de Centroamérica se han comprometido seriamente a ir poniendo en práctica los acuerdos con una voluntad y eficacia política indudables. Arrastrados tal vez por la locomotora de Nicaragua, de la cual muchos esperaban el fallo, que permitiría romper el papel recién firmado, los otros gobiernos, especialmente el de El Salvador, han puesto manos a la obra y están ofreciendo resultados satisfactorios en el poco tiempo transcurrido. Pero hay grandes dificultades. Esas dificultades surgen, fundamentalmente de Estados Unidos y del FMLN, aunque por muy distintas razones y con muy diferente alcance. A Nicaragua también le es difícil cumplir totalmente, no tanto con las disposiciones en sí, las cuales entran dentro de su proyecto político, sino con las expectativas y las suspicacias puestas sobre su gestión y cumplimiento.

Estados Unidos y, más exactamente su administración ejecutiva, pues el congreso enfoca Esquipulas II de otro modo, es la dificultad principal para el cumplimiento de lo acordado en Guatemala. Ya analizamos cómo Esquipulas II surgió de espaldas al proyecto norteamericano para Centroamérica, al margen de la propuesta Reagan-Wright y en contra de las expectativas del gobierno de Reagan. En un lenguaje diplomático, que no puede ocultar su descontento, el presidente norteamericano declaró aceptar Esquipulas siempre y en lo que no contradiga a los intereses norteamericanos y no dañe el apoyo debido a los contras. El mismo gobierno no se ha cansado de repetir por distintos voceros que Esquipulas contiene vacíos importantes. Están convencidos de que Nicaragua no cumplirá con la "democratización," por lo tanto, es necesaria la amenaza de los contras para que los sandinistas cedan en sus

afanes totalitarios. Lo que no pudieron impedir en Guatemala van a tratar de impedirlo ahora. Durante estos últimos años todo el empeño norteamericano ha sido dedicado a derrocar al gobierno sandinista y, si esto no es posible, a neutralizarlo y a obligarlo a entrar por un camino que, por diversas artimañas, puede y debe llevarlo a perder el poder y/o a endurecer su política interior. Hasta ahora lo conseguido es poco y malo. La ayuda a los contras y la presión militar ha conducido al endurecimiento del régimen político sandinista y a grandes sufrimientos para el pueblo nicaragüense. En cambio, los esfuerzos de Contadora primero y de Esquipulas después han llevado a una clara apertura política y democratizadora de los sandinistas. No se niega que los sandinistas hayan medido mejor durante estos años de prueba cuál es la situación real geopolítica y económica en la cual se encuentran y con la cual tienen forzosamente que contar, pero sí se niega que el uso de la fuerza contra ellos sea la mejor forma de lograr una evolución creativa de las pretensiones sandinistas. Desde este punto de vista se puede asegurar que el fracaso de la política del gobierno de Reagan con Nicaragua ha supuesto, si no un fracaso total, sí un fracaso sustancial. Reconocerlo, de sus ocho años de despropósitos centroamericanos, es difícil. Por eso van a seguir insistiendo en su política militarista de fuerza y por ello se van a constituir en el enemigo principal para el buen desarrollo de lo planteado en Esquipulas. Sólo que, en esta ocasión, vuelven a situarse contra todo el mundo. Reagan y su gobierno deben respetar lo acordado por los presidentes centroamericanos y han de esperar a los 150 días para reiniciar su ayuda militar a los contras. Pero mientras tanto han estado buscando cómo hacerle imposible a Nicaragua el cumplimiento de sus compromisos, lo cual justificaría, con el fracaso de Esquipulas, un nuevo recrudecimiento de las hostilidades. El gobierno de Reagan sigue jugando con el supuesto de que un proceso electoral derribaría a los sandinistas, si es que ese proceso se desarrolla "libremente." El supuesto no tiene fundamento real por el momento y, por lo tanto, no le queda otra salida que la de negar legitimidad a cualquier evento electoral ganado por los sandinistas y, consiguientemente, seguir hostigándolos, porque de un régimen marxista nunca puede salir nada bueno, para ellos se entiende.

Este hostigamiento hace muy difícil que Nicaragua pueda hacer todo lo que está dispuesta a hacer en la línea de Esquipulas II. Suprimir el estado de emergencia, liberar a miles de exguardias somocistas, alcanzar un cese del fuego total, etc., no son fáciles de conceder, mientras los contras sigan haciendo, por su parte, la guerra; una guerra financiada, promovida y sostenida por Estados Unidos. Dentro del supuesto de simultaneidad es claro que

Nicaragua haría todo eso y más, si Estados Unidos dejara de respaldar a los contras y si Honduras dejara de ser santuario último de sus acciones y de sus combatientes. De ahí que el posible no cumplimiento de algunos extremos de lo acordado en Esquipulas no se va a deber a falta de voluntad de los sandinistas, a quienes les conviene mucho lo acordado en Guatemala, sino a un mínimo de cautelas, exigidas por su propia autodefensa. Puntos esenciales, como la no ayuda militar al FMLN, no entran en ese ámbito y, por lo tanto, pueden ser cumplidos de forma integral, con lo cual se demuestra la no voluntad de expansionismo revolucionario, que el gobierno de Reagan sigue atribuyendo al régimen sandinista sin quererse percatar de cuánto han cambiado las cosas del período 1980-1982 al actual. De todo ello ha de concluirse que Nicaragua sólo será un obstáculo para el cumplimiento de Esquipulas, si Estados Unidos deja de cumplir lo pedido en el acuerdo, esto es, que ningún gobierno regional o extrarregional siga dando ayuda de ningún tipo (militar, logística, financiera, propagandística, humana, armamentos, municiones y equipo) a fuerzas irregulares o de movimientos insurreccionales y que los gobiernos "cesen esa ayuda como un elemento indispensable para lograr la paz estable y duradera en la región" (Esquipulas II, 5). En este capítulo referente a Nicaragua la responsabilidad mayor cae de nuevo sobre Estados Unidos.

El FMLN es otra de las fuerzas regionales que tiene dificultades con Esquipulas II. Las tuvo



también con Contadora, tal como le ocurrió a Nicaragua en algunos momentos del proceso. Pero el FMLN las tiene mayores con Esquipulas. El acuerdo de Guatemala implica el reconocimiento de los gobiernos vigentes, lo cual favorece a Nicaragua, pero también al gobierno del presidente Duarte y pone en desventaja a las fuerzas irregulares, pero también a los movimientos insurreccionales, a los cuales se prohíbe toda ayuda externa y a los cuales recomienda dejar las armas y entrar en la vía política de la democracia electoral para alcanzar el poder, siempre y cuando se den las condiciones para ello. Desde este punto de vista, Esquipulas representa ciertas ventajas para el movimiento revolucionario regional —reconocimiento de Nicaragua—, pero representa desventajas en lo inmediato para el movimiento revolucionario salvadoreño. La primera declaración oficial del FMLN sobre Esquipulas II fue, sin embargo, cuidadosa en cuanto busca una paz justa, constituye una victoria política de la revolución popular sandinista e implica el profundo debilitamiento de la política de Reagan en Centroamérica (*El FMLN ante la reunión de Esquipulas II*, 1, 2, 3). Más aún, reconoce "que el acuerdo de Guatemala establece un marco general favorable a la continuidad del diálogo en nuestro país" (*ib.* 8). Pero está en contra de la legitimación de Duarte y de la correspondiente deslegitimación del FMLN, al cual el documento de Esquipulas no reconoce como algo totalmente distinto a los contras: "es absolutamente contrario a toda realidad y totalmente inaceptable, pretender establecer similitud o simetría entre el FMLN y la contra nicaragüense" (*ib.* 6). Aunque el documento distingue verbalmente entre fuerza irregular y movimiento insurreccional, no califica a cada grupo alzado en armas con una u otra denominación ni saca consecuencias de las diferencias legales y políticas que la distinta denominación y cualificación implica. El FMLN se considera suficientemente legitimado por su historia, por su causa y por el apoyo popular a la paz, y, por otro lado, se considera consolidado militarmente como para abandonar su posición o para hacer concesiones, si no es en el escenario de una negociación, de la cual exigiría resultados maximalistas: recomposición del gobierno, reunificación de los ejércitos, previas concesiones de territorialidad para un alto al fuego, etc., exigencias que van más allá de lo que había sido planteado en los 18 puntos (I. Ellacuría, "Nueva propuesta de diálogo del FMLN-FDR, los 18 puntos," *ECA*, 1987, 466-467, 435-447). Dejada de lado la cuestión de la razonabilidad intrínseca de estas exigencias, es claro que su concesión no es fácil, aunque no está excluida por Esquipulas. Pero, en el mejor de los casos, la discusión de estos puntos debe dejarse para la parte final de las negociaciones sin suponer desde un principio que se van a conceder o que son irrenunciables. En caso de que ésta no fuera la posición

del FMLN, Esquipulas II, y no sólo el gobierno de El Salvador, se verían truncados en su cumplimiento y en sus propósitos, lo cual podría situar al FMLN al margen de la coyuntura política actual, de una ocasión excepcional para revisar su estrategia, y al margen también de la comunidad internacional, más interesada en promover Esquipulas que en dar razón a las pretensiones del FMLN.

Por eso puede insistirse en que por distintas razones y con muy diversa justificación son Estados Unidos y el FMLN quienes menos aceptan Esquipulas II, lo cual no deja de sorprender. Pero Estados Unidos se concede demasiado en Esquipulas y con pocas garantías; para el FMLN se concede demasiado poco y con pocas garantías. Sin embargo, si Esquipulas fracasa completamente, sería un gran éxito para Estados Unidos, pero no lo sería para el FMLN o, al menos, para la causa revolucionaria en Centroamérica. De ahí la grave responsabilidad histórica. Poner en peligro la pacificación y la consolidación de Nicaragua es a la corta y a la larga una catástrofe para la región; es también a la larga un problema para la evolución de la situación política en El Salvador.

La prometedora construcción de Esquipulas II está sustentada sobre fundamentos débiles. Tiene mayor consistencia que la alcanzada por Contadora, pues es ya un compromiso formal de los propios gobiernos centroamericanos directamente involucrados en el problema. Pero Contadora fracasó como solución final y Esquipulas también puede fracasar. Han pasado algunos años desde aquel fracaso y esto ha hecho distinta la situación, ya menos amenazada por el final agónico del gobierno de Reagan. También han cambiado un tanto las circunstancias de Guatemala, El Salvador, Costa Rica y Nicaragua, no apreciándose todavía cambio mayor en Honduras. Pero aun así, no pueden darse seguridades ni siquiera semiplenas de que un proceso centroamericano, favorable para la región y para todos y cada uno de los países que la integran, pueda prosperar y llevar a un final feliz. Aunque Estados Unidos ha logrado balancear la política agresiva, irracional e inmoral de Reagan con un congreso demócrata más comprensivo de la situación centroamericana y más penoso a las soluciones políticas realistas, todavía es mucho el daño que puede hacerse en los últimos meses del actual gobierno norteamericano. Asimismo, los estamentos militares de Guatemala, El Salvador y Honduras salen perdiendo en múltiples sentidos egoístas e institucionalistas con la consolidación de la paz, pues aunque con ellas corren menos riesgo, quedan sin la importancia que la marcha de la guerra les da. El capital y, más en general, las fuerzas de derecha están también contra Esquipulas. Si bien todo esto muestra por un lado, el progresismo implicado en Esquipulas, por el otro, muestra también cuántos

## Los presidentes centroamericanos sintieron que en la misma Guatemala de la primera independencia habían firmado el acta de la segunda independencia.

adversarios tiene, cuántos deseosos de que fracase. Ni siquiera ese poco quieren conceder. Cuanto menos los planteamientos hechos por el movimiento revolucionario.

### 4. El futuro de Esquipulas II

Esquipulas II debería tener un gran futuro, si se tiene en cuenta la necesidad y la expectativa a la que responde, y el apoyo recibido de los pueblos centroamericanos y de gobiernos de todo el mundo. Pero ese futuro es incierto por las dificultades que acabamos de insinuar. El problema de la pacificación de Centroamérica, incluso en su primera fase de acabar con los conflictos armados, tiene graves dificultades. Mucho mayores las tiene la pacificación en su sentido pleno. Quienes la deberían llevar a cabo o no tienen decisión política suficientemente consolidada o carecen del poder suficiente. Los que la impugnan siguen teniendo mucha fuerza y, sobre todo, capacidad de obstrucción.

Por ello hay que distinguir en la consecución de los objetivos de Esquipulas II el resultado final estratégico y lo que puede obtenerse para el 4 de enero de 1988, cuando de nuevo hayan de reunirse los presidentes. Esquipulas II es un proceso y no una etapa final, una estación término. Tiene sus estaciones intermedias a las cuales el tren de los acuerdos debe llegar en la fecha y hora fijadas. Pero no tiene fecha y hora fijas para traer la paz a Centroamérica. De la primera fase del proceso, que culmina en los primeros días del próximo enero, se espera que se consigan ciertos resultados, los cuales en lo que tengan de positivo o negativo, servirán de parámetro de lo que se ha de hacer ulteriormente.

Ya se prevén o ya se están dando resultados positivos parciales. Como ya se ha dicho, el mero hecho de la firma, el que se inicie un proceso común con todos los presidentes de Centroamérica juntos sin exclusión o diferencia alguna, el que se hayan ido tomando medidas concretas referentes a la democratización, a la amnistía, al cese del fuego, al regreso de los refugiados, a la constitución de las comisiones, etc., son hechos muy dignos de tenerse en cuenta. Y esto tanto por lo que son en sí y por el beneficio que ya están llevando a los pueblos como porque son impulsos que dinamizan el proceso y crean expectativas dinamizadoras. Pero esperar que en 150 días se resuelvan problemas tan graves como la pacificación de Nicaragua, El Salvador y Guatemala siendo tan complejos objetiva y subjetivamente, como el que Estados

Unidos cambie fundamentalmente su actitud frente al régimen sandinista, y que los contras resuelvan su situación respecto de Nicaragua y de Honduras... es demasiado esperar. El problema entonces estriba en que no cunda el desánimo porque no se ha llegado al resultado total y definitivo y que tampoco quede todo en una serie de medidas, que después se retiran, una vez hecho el gesto de que se ha cumplido. Si sucediera esto último —lo cual, para los distintos enemigos de Esquipulas II, sería lo más conveniente—, se llegarían a la fatal conclusión de que sólo la solución militarista podría ser y sería la adecuada para enfrentar el problema centroamericano. Pero esto sería un manifiesto error. Si no se alcanza la solución definitiva y si ni siquiera se alcanza el cumplimiento perfecto de lo programado, no se puede concluir de ello que esa solución no era la correcta. Lo que se puede concluir tan sólo es que el problema era demasiado difícil y que, por tanto, se requiere redoblar los esfuerzos para perfeccionar las soluciones y madurar las situaciones.

En estos 150 días se puede esperar que se vayan dando diálogos entre los gobiernos y sus opositores, que se den las amnistías correspondientes, que se den medidas democratizadoras, que se planteen compromisos serios respecto de futuras elecciones y aun que se llegue a algunas formas suficientes de cese del fuego. Puede esperarse también que el gobierno de Reagan no conceda ayuda militar a los contras durante el transcurso de los 150 días y, si así lo piden los presidentes centroamericanos, tras su anunciada reunión de Costa Rica del 4 de enero, ni siquiera en los meses siguientes. Más difícil será el logro de acuerdos decisivos con el FMLN y con los contras, lo cual hace difícil hablar de paz, aunque permite seguir hablando de proceso de pacificación.

Para superar esta dificultad debiera hacerse, como lo propone Esquipulas II, una estricta separación entre el cese del fuego o cese de hostilidades (Esquipulas II, 2) y la limitación de armamentos por parte de los gobiernos y la desarmamentización por parte de las fuerzas irregulares. El cese del fuego tiene sus dificultades propias, pero esas dificultades constituyen más un problema técnico que político, ya que la fuerza de los movimientos irregulares está más en la posesión de las armas y en su virtual utilización que en el uso efectivo de ellas día a día. Consolidado el cese del fuego, con las enormes ventajas que esa acción tiene para la mayoría del pueblo y para la creación del clima adecuado, se

puede ir, no antes de los 150 días, al problema final de la pacificación. Son dos cosas muy distintas el alto al fuego, por largo que éste sea, y la paz. Para lograr el alto al fuego lo que se requiere es acallar las armas; para lograr la paz, en cambio, se requiere superar las causas, que originaron el conflicto. Son dos planteamientos distintos, cuya confusión puede hacer imposible no sólo el cese del fuego, sino también la discusión misma sobre condiciones indispensables para conseguir la paz. Así como sería posible lograr en una medida satisfactoria los puntos programados para los 90 días en un plazo no superior a los 150, sería imposible acercarse siquiera a una solución en los problemas de limitación de armamentos —punto donde se embarrancó Contadora— y de desarmamentización de fuerzas irregulares. Otra cosa distinta es que no se trate el cese del fuego sin tener en cuenta los demás puntos: amnistía, democratización, respeto de los derechos humanos, seguridad ciudadana, libre movilidad, regreso de los refugiados, etc. Pero de todos modos, el cese del fuego tiene un significado real y simbólico de primera magnitud por lo que su puesta en marcha o unilateralmente por uno de los partes en conflicto, o unilateralmente por ambas sin previo acuerdo, o bilateralmente por ambas mediante un acuerdo, sería un avance decisivo y casi definitivo, si es que se tratara de un cese del fuego realmente efectivo y suficientemente prolongado.

Más tarde se llegaría a la desarmamentización y a la limitación de armamentos, aquélla como problema nacional y ésta como problema regional. El momento de la desarmamentización será el decisivo en el plan de Esquipulas por lo que toca a Nicaragua y a El Salvador. El caso de Nicaragua es más fácil porque para ello basta la voluntad política de Estados Unidos, si se decide a abandonar una política que apenas ha traído otra cosa que guerra y destrucción en Nicaragua. El caso de El Salvador es más difícil porque el FMLN, tras 7 años largos de lucha, se encuentra militarmente más fuerte que nunca y seguro de no poder ser vencido por las armas, no obstante que Nicaragua no le ayuda militarmente, cosa que hace muchos años ha dejado de hacer. Aquí, si 7 años de guerra no han podido terminar militarmente con ninguna de las partes en conflicto, se necesita una negociación más a fondo, que no sólo trate de garantías a quienes entreguen las armas, sino de concesiones fundamentales a quienes defiendan otro ideal de sociedad y otra forma de gobierno, incluso en el marco de la constitución actual, tal vez corregida o, al menos, leída con flexibilidad y amplitud.

El momento de la limitación de armamentos es también esencial y se refiere a que cada uno de los países debe reducir su armamento ofensivo y

defensivo, no sólo para que ninguno de ellos sea un peligro para los otros, sino para que el propio país pueda usar la mayor parte de sus recursos en el tan necesario desarrollo económico. Aquí se tratará de sacar casi definitivamente el conflicto centroamericano de la pugna este-oeste y de procurar que nunca más haya o pueda haber un conflicto armado entre los países centroamericanos.

Logrado todo ello se estará en franquía para entrar en el momento definitivo de la pacificación regional, la cual incluye necesariamente, por lo menos, un tratado de cooperación integral centroamericana. El parlamento centroamericano, si no se pierde en vanas retóricas, puede ser una buena ayuda y un buen comienzo para (Esquipulas II,4). Pero se requiere más. Los presidentes de Centroamérica, una vez analizados los logros obtenidos en 150 días, deben impulsar lo no logrado y entrar en un nuevo plan, un plan de desarrollo regional con fuerte ayuda internacional, capaz de sacar en pocos años a la mayor parte del pueblo centroamericano, a las mayorías populares que viven todavía en estado de pobreza y aun de extrema pobreza, de una situación inhumana, en la cual se encienden y vigorizan las causas endógenas del conflicto centroamericano (cfr. I. Ellacuría, "Factores endógenos del conflicto centroamericano: crisis económica y desequilibrios sociales" *ECA*, 1986, 456, 856-878). Si se consigue este plan de desarrollo regional, si se encuentra para él un financiamiento suficiente, si se lo lleva a cabo con eficiencia y honestidad, los males pasados habrán conseguido una nueva era de paz, en la que situarse dinámicamente para conseguir logros mayores.

Centroamérica está hoy ante los ojos del mundo. Apenas hay gobierno, institución o medio de comunicación que no se preocupe casi diariamente de lo que ocurre en la región, no obstante su pequeñez material. Centroamérica se ha convertido por su dolor continuado, pero también por el dinamismo de sus pueblos y de sus clases sociales, en un laboratorio de alcance mundial. No de otro modo se explica tanto interés prolongado por esta región. Con Esquipulas II se ha dado al mundo un ejemplo de lo que es posible por la vía del diálogo y de la negociación, incluso cuando poderosos intereses extranjeros están presionando en direcciones opuestas. Algo se ha hecho ya. Pero la comunión de esfuerzos, primero de los pueblos y de los gobiernos de Centroamérica, y después de todos los países que aman la paz, puede hacer todavía mucho más, puede hacer que no sólo se acallen las armas y se respeten los derechos humanos y libertades fundamentales, sino que se entre en una nueva etapa de paz y desarrollo humanizante y liberador.

San Salvador, septiembre de 1987.